
CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendanz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel
Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	Introducción
<i>Alberto G. Belluci</i>	5	A la búsqueda de la identidad perdida
<i>Teresa Piossek Prebisch</i>	15	Los comienzos de la más antigua ciudad argentina. Un triunfo sobre la adversidad
<i>José de Nordenflycht</i>	27	Iglesias de Chiloé
<i>Silvia Gabriel</i>	35	Identidad y memoria en el <i>Facundo</i> o <i>civilización y barbarie</i> de Domingo Faustino Sarmiento
<i>Lucía Piossek Prebisch</i>	44	Inmigración e integración en la obra de Ricardo Rojas
<i>Ramón Ruiz Pesce</i>	57	San Juan de la Cruz sujeto pobre y herido
<i>Héctor D. Mandrioni</i>	70	La esperanza cristiana: pasión por lo posible
<i>Marie-France Begué</i>	78	Memoria e identidad

A la búsqueda de la identidad perdida

o La pertinencia de pertenecer

Alberto G. Bellucci*

El concepto de *identidad* es tan amplio, complejo y difuso como el de su aparente opuesto, la *globalización*¹. De ambos términos se ha hecho uso y abuso, y ciertamente también lo haremos en las líneas que siguen. Pero el caso es que los pares *identidad vs. globalización* o *regionalismo vs. mundialización* designan las virtuales antípodas de uno de los conflictos más significativos y preocupantes que se dan en la cultura contemporánea. Quizás resultara oportuno dejar descansar por un tiempo esos términos e incorporar temporariamente la antinomia más adecuada *indiferenciación/pertenencia*, que resuena conceptualmente más ilustrativa para entender su sentido último.

En la actualidad existen sólo dos grupos –y bien opuestos, por cierto– a los cuales el problema de la identidad (o pertenencia) no les debe preocupar: por un lado el de los gestores de la globalización (indiferenciación), por el otro el de los múltiples grupos aislados que

*Arquitecto, Profesor de Historia de la Arquitectura (UBA) y de Apreciación Estética (San Andrés), Director del Museo de Arte Decorativo, Miembro del Consejo de redacción de *Communio*.

¹ “Desde este rincón del planeta se advierte con claridad meridiana que la llamada ‘globalización’ no es sino un mezquino recorte de la universalidad en el sentido (...) de establecer un diálogo entre las culturas y el reconocimiento de la igual dignidad de todos los seres humanos”. G. Weinberg “Un nuevo humanismo”, en LCD p. 331 (las citas señaladas con LCD están tomadas de los documentos recopilados en “La causa de los doctores”, edición UBA, Bs. As. 2000).

aun existen dispersos por el mundo aunque estén fuera del conocimiento o el interés de los medios.

Los gestores de un mundo único e indiferenciado no necesitan plantearse el tema de la identidad porque la identidad *está* en ellos, los envuelve y se irradia al resto. Incluso la historia oficial los acompaña (al menos hasta que se ensucia con los incidentes durante las conferencias del G8 en Seattle y en Génova). Su pertenencia es clara: son cultores convencidos de la adoración del mercado universal, unificado por el idioma del *american chat*², agentes de un dinamismo comunicacional que siempre pivota sobre los últimos gritos y los mismos temas: finanzas, transferencias de valores, rutinas laborales, etc. Actúan mecánicamente y con gran eficiencia y rapidez, tienen los mismos modelos, piensan las mismas cosas. Son individuos de una tribu internacional –prestigiosa pero tribu al fin–, intercambiables y uniformes, cuya individualidad está en relación al servicio de la eficiencia instrumental. Sus ámbitos y sus evaluaciones son tan sencillos como contundentes; así lo admite una reciente entrevista el escritor estadounidense Philip Roth³. Comparten la cultura de la tecnología de punta, el lobby empresarial, las últimas novedades. Su identifica-

² “Es grande la presión por adaptarse al modelo global del ser humano. En un país donde antes reinaba la pluralidad de lenguas y culturas, con la introducción de la televisión se perdieron los idiomas de las minorías. En los países europeos desaparecen cada vez más los dialectos regionales –y con ellos su encanto– para dar paso al lenguaje unitario televisivo. Pero si todos se adaptan recíprocamente, ya no podemos enamorarnos, como opina el director de cine egipcio Yusef Chahine... De ahí que Chahine llame a la globalización ‘lavado de cerebro’, ya que, en última instancia, con ella debería erradicarse al ‘otro’, a la diferencia... y con ello también el amor” V. Schöndolf. “Dos horas de American Way of Life” en ‘Humboldt’ n. 128 p. 71, Bonn, 1999.

³ “Criticar los McDonald’s es pura idiotez. McDonald’s es un café para pobres, ancianos y solitarios, y como tal cumple una admirable función social. Es limpio, económico y acogedor, y está bien iluminado. Tiene las mejores papas fritas del mundo y te permite usar los baños, mucho más higiénicos que los de Europa, sin hacer ningún pedido. Yo voy a menudo; es mi café. Un lugar humano en un mundo inhumano. Para quien tiene un mínimo de curiosidad, McDonald’s ofrece además una verdadera galería de los Estados Unidos: negros, blancos, verdes, amarillos, rojos y violetas, el mundo entero te pasa por delante!”. “El orgullo de ser norteamericano”. Entrevista de A. Farkas a Philip Roth en “La Nación” Sup. Cultura p.3, 31/3/02.

ción no se discute; en el extremo, coincide con la del desafortado protagonista de *American Psycho*, la novela de Bret Easton Ellis. Pero no se trata de una identidad de carácter 'nacional', si bien su centro simbólico y su *training* fundamental depende de Estados Unidos. Sus domicilios reales pueden estar allí o en varias capitales de Europa, de Asia o incluso de Latinoamérica, pero sus viajes por avión, pantalla, mail o celular, son permanentes. Es una cultura viajera aunque prescindida de lugar concreto de despegue y de aterrizaje, una identidad transnacional basada en la indiferenciación⁴. Así, el mundo *globalizado* se convierte en espectáculo y el hombre en un viajero que lo atraviesa sin echar raíces, sin necesidad de reconocerlo, sin involucrarse.

En el otro extremo, existen grupos primitivos o muy cerrados, que preservan incontaminadas las tradiciones seculares gracias al aislamiento (forzado o espontáneo). Estos grupos son necesariamente pequeños y van en acelerada disminución, ya que cada vez resulta más difícil permanecer en la autosuficiencia de una identidad desconectada de la globalización que imponen la televisión, el ciberespacio, el turismo. En esos grupos compactos y autosuficientes –sean los talibanes afganos, los dorobo de Kenya, los kunwijku del norte de Australia, las comunidades ortodoxas del monte Athos o los menonitas de Guatraché– la conciencia de pertenencia es muy fuerte, al punto de considerar cualquier injerencia o intento de cambio como un atentado a la identidad. Baste pensar en la tensión que se desató a propósito de la pretendida lapidación de una mujer nigeriana acusada de adulterio, en el mes de marzo de 2002. Los argumentos para la aplicación de la *sharia* musulmana eran indiscutibles desde el interior de la conciencia cultural de un pueblo, y enfrentados claramente con la estructura legal de la nación. El perdón resultante pudo tomarse para

⁴“A pesar de que se habla continuamente de ella, la infinita diversidad se nos está escurriendo entre los dedos, como el agua. La acumulación del poder mediático amenaza la diversidad lingüística y cultural, de manera que las diferentes maneras de pensar, de expresar nuestros sentimientos y sentimientos se van uniformizando, poco a poco”. Federico Mayor Zaragoza. “Recuperar el coraje” LCD p.288/9.

unos como una derrota del derecho a la *identidad grupal* y por otros –los más– como una indudable victoria de la *humanidad internacional*. Problemas análogos de identidades muy fuertes en conflicto, pero en escala masiva y con caracteres aun más dramáticos y alcances imprevisibles, pueden verse en el cruel enfrentamiento palestino israelí, o en el más extendido y difuso conflicto entre musulmanes, judíos y norteamericanos. De alguna manera, en las antípodas del entusiasmo globalizador se ubica el *fundamentalismo* recalcitrante, dos formas de pretender una estructura rígida y una cultura única, en un caso a través de la unificación universal en base a redes ideológicamente débiles pero técnicamente duras, en el otro encerrándose en un campo de la concentración ideológico con exclusión de ‘prójimos’ y extraños.

Entremedio de ambos extremos se despliega la enorme variedad de sociedades y grupos que viven –que vivimos, debiéramos decir– el conflicto entre la identidad propia y la internacionalización, o sea entre el sentido de pertenencia grupal y la conciencia activa de pertenecer a una sociedad que tiende a la indiferenciación. Sentido y conciencia que, como vamos viendo, resultan difíciles de armonizar, pero que no son excluyentes. La conquista de identidad a ultranza –esto es forzadamente– lleva al exhibicionismo folklórico o al fundamentalismo. En el primer caso los rasgos identificatorios se diluyen en superficialidad amable y anacrónica, en el segundo se anclan en un ensimismamiento que puede llegar fácilmente a la exclusión y la violencia⁵.

¿Cómo actuar en medio de esa bipolaridad que nos involucra cada día con más exigencias? Por cierto no existen recetas fáciles o de aplicación indiscriminada. Creo que lo fundamental es partir de

⁵ “Tal sentido de identidad, lejos de servir como base común de pertenencia, sólo realza las diferencias entre unos y otros, y se convierte en una causa de fundamental de conflicto y agresión. De hecho, si los miembros de cada grupo se retiran, buscando sólo sus propias raíces y orígenes, la sociedad puede resquebrajarse en mil pedazos, oponiendo un vecino contra otro y ocasionando resultados trágicos”. *Daisaku Ikeda*. “El valor de la vida”, en *LCD*, pg. 232).

una actitud sincera de valoración y comprensión por la heterogeneidad de las culturas, entendiendo que precisamente esas diferencias estimulan y enriquecen el propio desarrollo cultural. Precisamente una de las ventajas de la globalización es que nos permite acercarnos y conocer esas diferencias con mucho mayor detalle que nunca antes en la historia. Apreciar la diversidad de tramas culturales y tratar de asegurar su libre expresión es en sí mismo un objetivo de iniciación. “El mundo está lleno de una maravillosa variedad de culturas humanas, cada una de ellas aportando su riqueza única a la experiencia humana total. Cuando uno comienza a pensar sobre la interacción de las culturas surgen dos temas. ¿Pueden las muchas culturas que componen este rico tapiz vivir en armonía y, a través de sus interacciones, enriquecerse entre sí en el mundo que comparten?”⁶. La respuesta es, sin duda, positiva, aunque el riesgo de las interacciones es grande porque tiene que ver con el ejercicio del equilibrio entre los derechos de unos y de otros, con la libre expresión de sentimientos que pueden resultar agraviantes para vecinos, con la defensa intolerante de verdades contrapuestas. O sea, con el respeto por las ideas de un ‘semejante’ que siente, cree, piensa y actúa diferente de nosotros. León Bourgeois habla de “sociedad de semejantes” y creo que es una imagen apropiada para generar una actitud. No se trata de individuos idénticos o intercambiables (*clonados*, como sería el desideratum de una identidad universal ‘tout court’), sino de sujetos *creados a imagen y semejanza de las muchas imágenes y semejanzas de Dios*, y cuyas diferencias se confrontan y se asocian para potenciar la variedad de una riqueza que, en definitiva, es patrimonio común de una humanidad de hermanos.

Más débiles o más fuertes, las exigencias de pertenencia operan desde el interior de cada individuo y de cada grupo social. Y en cada individuo y en cada grupo, con mayor o menor caracterización, existen los componentes capaces de fortalecer esa identidad. A nivel individual tienen que ver con el temperamento personal –la ‘identi-

⁶ R. Curl, “Diálogo intercultural y Derechos humanos” LCD p. 292.

dad' del propio carácter, trabajable desde el "conócete a ti mismo"—; a nivel familiar se encuentran en la serie de ideas, costumbres y tradiciones heredadas y asumidas como tales. La identidad familiar debe atenderse con el afecto que deriva de la "proximidad" directa y la conciencia de compartir el pequeño grupo de sangre que la constituye. Sin duda que el paso del tiempo, el cruce de las generaciones y el cambio de los protagonistas introducen personajes e ingredientes cambiantes, incluso sorprendidos. Pero no cabe duda que el conocimiento, y en lo posible el mantenimiento de la identidad familiar en la convivencia de tres generaciones —padres, hijos, nietos— comporta la sanidad de una trama variable de confluencias provechosas para la formación y la expresión de cada miembro. En las familias cada individuo es, a su turno, el receptor convergente de identidades que confluyen en él y que, a su tiempo, se diversificarán en las siguientes generaciones. En el teatro de la vida cada personaje tiene sus espacios de parlamento, de diálogo y de intervenciones de conjunto, y de la riqueza con que utilice esos momentos dependerá su posibilidad de identificación como tal.

Lo mismo sucede en la escala regional, aunque con contenidos más difusos y en períodos de tiempo mucho más extendidos. Especialmente en las regiones metropolitanas, donde el estado habitual del habitante es pulular y/o encerrarse, el sentido de pertenencia se diluye porque —curiosa paradoja entre la etimología y la sociología— el sentido de proximidad tiene cada vez menos que ver con el de 'proximidad'. Y la identidad social —o algo que se puede parecerse— sólo se hace presente en los instantes de vibración multitudinaria, en el gol de un partido de fútbol, la euforia de un megarecital o los estampidos de un cacerolazo. Pero se trata de ocasiones puntuales de homogeneización, de experiencia vital del 'todos juntos', y no necesariamente de una conciencia afianzada de identidad.

Uno de los elementos formadores de esa identidad social, en cambio, parte del conocimiento y la apreciación del patrimonio común, natural, histórico o artístico. Hoy más que nunca es indispensable conocer y apreciar las raíces culturales de patria o región "que

se lleva adentro”, y los hábitos y tradiciones familiares. No para hacerse esclavos de una deuda heredada sino para apropiarse de ellas y convertirlas en un patrimonio de desarrollo personal. El patrimonio existente identifica la pertenencia a un lugar concreto y a una familia cultural determinada, y su conocimiento ‘hace miembro’ de esa familia. De alguna manera cambia la vida, o al menos modifica puntos de vista y con ello actitudes de comprensión, respeto y admiración. Enriquece la participación y evidencia la pertenencia: identifica al individuo con su entorno, clarifica su pasado, afirma su presente y le ayuda a proyectar su futuro.

La Argentina ha sido un país tradicionalmente extenso y vacío, carente de conflictos raciales y religiosos, pero carente también de las ricas raíces culturales aborígenes de otros países de América Latina. No tuvimos elementos para construir una identidad precolombina consistente como en México o Perú; incluso los registros de la colonia española se condensan geográficamente en una trama de líneas y puntos que se cierran sobre Córdoba y se prolongan trabajosamente hasta Buenos Aires, o sea apenas la mitad norte del país. Pero sobre las huellas de esa trama sobreviven, hasta hoy, los elementos de una identidad antigua, efectiva e intransferible. Naturaleza dura y colorida, formas simples, muros blancos, piel oscura, tiempos lentos, alegría nostálgica.

Apenas hace un siglo y medio la Nación Argentina, legalmente constituida y administrativamente delimitada, se permitió el lujo de intentar formar una identidad propia, cambiando radicalmente la dependencia y la pertenencia anteriores. Abierta desde el preámbulo de la Constitución “a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”, la nueva nación absorbió con avidez la inmigración y las producciones de Europa Occidental, a cuya cultura le fue obstinadamente fiel. Razones de sangre y de ideales compartidos hicieron que la flamante identidad se edificara sin conflictos sobre la pertenencia a los centros del ‘primer mundo’ de entonces: París como *non plus ultra* cultural, el imperio británico como modelo global, la avalancha itálica, la amistad recompuesta con España. Y la Argenti-

na, ahora con su centro en Buenos Aires, se identificó por unas cuantas décadas como el más brillante epígono de Europa latina en América. Una identidad propia y reconocible, aunque estuviera construida y habitada desde la excentricidad.

Desde mediados del siglo XX la orientación viró su eje hacia el Norte de América y la conquista nos empezó a llegar masivamente desde otro imperio donde tampoco se pone el sol. Y así es como el brillo eneguedador del ideal norteamericano, con las marchas y contramarchas que el seductor siempre provoca en el seducido, ha ensombrecido al mismo tiempo la vieja identidad criolla y la polimorfa identidad europea. Que se intente, si no, una estadística del porcentaje de filmes y series televisivas de origen norteamericano que consumimos, y hasta qué punto el *american chat* ha invadido no sólo titulares, marquesinas y etiquetas, sino también nuestro deteriorado lenguaje diario, cada día un poco más dependiente de la tribu tecnológica universal.

Al empezar el tercer milenio podemos convenir en que la identidad argentina, si existe, posee rasgos heterogéneos, indefinidos y superpuestos, imposibles de reducir a un común denominador (baste recordar los inútiles intentos de definir una cultura 'nacional y popular', la esencia del 'ser nacional', el 'estilo argentino', etc). La Nación Argentina como tal es una abstracción y su extensión geográfica y su diversidad histórica superan con creces la posibilidad de hacer coincidir sus límites con los de una única región cultural y —por ende— con una única identidad. En todo caso la identidad nacional no puede decir más de sí misma que lo que el DNI dice con respecto a la identidad del ciudadano; esto es, números, fechas, apariencias y medidas, pero nada sobre lo esencial. A lo sumo, y en contraste con la extroversión de nuestros hermanos del Brasil, se nos podría caracterizar como el pueblo triste que imaginó el conde Keyserling, con el condimento de dosis varias de pedantería y amabilidad, según los grupos y las regiones de que se trate, y no mucho más.

Otra cosa es bucear en cada región y en cada ciudad. Buenos Aires, por ejemplo, conserva una identidad inconfundiblemente europea, aunque desde hace tres décadas inauguró su Manhattan porteña en Catalinas Norte, y ya pertenece, de hecho, a una trama identificatoria metropolitana universal, como en otro tiempo lo fueron las catedrales góticas o los palacios del tardobarroco. Buenos Aires tiene rasgos físicos positivos que le son absolutamente particulares, como poseer el río más ancho del mundo (al que insiste en darle la espalda), los parques de Palermo, la floración de palos borrachos y jacarandaes, la adicción futbolera, el nivel de su cultura musical y teatral, y el resurgimiento, algo forzado pero ciertamente plausible, del tango. Y simultáneamente, para emparejar los tantos, un tránsito vehicular y peatonal desordenado, la polución gráfica y visual en alza, la seguridad urbana en baja y cierto maltrato creciente que es, sin duda, fruto de la exasperación y el atolondramiento propio de las últimas décadas. Los porteños solemos ser más bien ciegos a las solicitudes y deficiencias del paisaje, sordos a la vocinglería publicitaria y a nuestros propios gritos, frecuentemente malhablados y poco solidarios (defecto propio del anonimato de la gran ciudad), pero también bastante limpios, elegantes y divertidos, más o menos cultos, con cierta vocación (generalmente tentativa) de políglotas y muy atentos con los extranjeros que nos visitan.

Las identidades regionales de nuestro país son comparativamente más reconocibles y diversas, quizás débiles en su supervivencia pero todavía cercanas a las raíces que las engendraron. La perduración de la impasibilidad puneña en el silencio de las alturas, el austero señorío que se encuentra en los valles calchaquíes, el carácter risueño de Mendoza y su gente, el empuje cultural –y también la frecuente violencia– de la capital cordobesa, el horizonte tendido y el tiempo todavía laxo de la pampa, el laconismo y la hospitalidad patagónica, la majestuosidad del sur andino como factor unificador de los grupos humanos que lo habitan, son algunos de los elementos conformadores de una cierta manera de vivir, de expresarse y de ser. ¡Qué importante es aprender a percibir estas diferencias y, más aun,

a gustarlas en lo que tienen de profundo contenido cultural! A partir de este reconocimiento podrán venir turistas y computadoras, y sin duda se generarán conflictos y decisiones difíciles de tomar, pero ello será a partir de la comprensión del valor de lo que se tiene, y de la pertinente consideración de lo que se gana y lo que se pierde en cada caso. Hemos escrito *pertinencia* y *pertenencia*, un par de parónimos que debieran acercarse también en su relación conceptual y en su utilización. Porque *lo que pertenece* a un grupo humano, a una región cultural, debiera ser cada vez más *pertinente* como elemento formador de identidad.

En más de medio siglo de vida –que no es nada para la historia de la humanidad, pero sí y mucho para la del individuo– he podido ver nacer arquitecturas insólitas y ciudades que no existían. He llegado a presenciar cambios ecológicos, como la precordillera devenida en lago enorme y la pampa arenosa convertida en vergel, fenómenos que parecían ser capítulos propios de eras geológicas. Y ni qué hablar de los cambios históricos, culturales, de los países aparecidos y desaparecidos, de las ideologías desdobladas, de las aperturas políticas y religiosas. Sin duda las identidades regionales, en constante formación, van a ir transformándose sin pausa, acompañándose a procesos que, quiérase o no, serán cada vez más universales y abarcativos. Pero así como al latín le salieron romances y a los romances dialectos, tenemos que imaginar que a cada intento de universalidad le corresponde –como en la física, quizás?– una acción de igual valor y de sentido contrario, y que a cada impulso de universalización le corresponderá la condigna reacción de regionalidad. O sea el juego vital e inacabable de aprender a apreciar los elementos de la propia configuración cultural sabiendo valorar la riqueza los de los talentos ajenos.